

11.

**“Yo deshice como una nube tus rebeliones,
y como niebla tus pecados; vuélvete a mí,
porque yo te redimí”.**
Isaías 44: 22.

La CRUZ en el DESIERTO

¿Alguna vez se detuvo a pensar, cómo obtenían el perdón las personas que pecaban, antes de la muerte de Jesús? Hoy tenemos la promesa: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”. (1 Juan 1: 9).

Actualmente somos perdonados porque Jesús murió en nuestro lugar y pagó el precio de nuestros pecados. ¿Pero qué sucedía con los pecadores que vivieron antes de la muerte de Jesús?

En realidad, en cuanto el ser humano pecó, Dios comenzó a ‘construir el Calvario’. Dios instruyó la edificación de altares en donde un cordero era sacrificado. Ese cordero representaba a Cristo. A través de los siglos, cada vez que un animal inocente era sacrificado, anunciaba el día en que el Hijo de Dios moriría en lugar del ser humano. Este fue el proceso del perdón.

El pueblo de Israel, recién liberado del cautiverio egipcio, precisaba de un medio simple y fácil para comprender el plan de Dios para salvarlos. Necesitaban de algo práctico que demostrase la terrible naturaleza del pecado, una noción clara del elevado costo de nuestra salvación. Y fue lo que Dios hizo. Él ordenó: “Que me hagan un santuario, y yo habitaré en medio de ellos. Haréis el diseño del Tabernáculo y el de todos sus accesorios, conforme a todo lo que yo te mostraré”. (Éxodo 25: 8 y 9).

Dios deseaba estar con su pueblo y, para esto, era necesario un santuario, un templo portátil que pudiesen armar, desarmar y transportar durante su peregrinaje por el desierto. Dios mostró a Moisés un modelo, le dio instrucciones de las medidas y del mobiliario, detalladas conforme al modelo original del Santuario existente en el Cielo.

“En resumen, lo que venimos diciendo es esto: ‘Tenemos tal sumo sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del lugar Santísimo y del verdadero Tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre’. (Hebreos 8: 1 y 2). Jesús, al ascender al Cielo, después de su resurrección, asumió el rol de Sumo Sacerdote y comenzó a ministrar en el Cielo, en favor del ser humano. Así vemos que existen dos Santuarios: el Santuario del Cielo, y su réplica el construido por Moisés en el desierto. “Ellos sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le había advertido a Moisés cuando estaba por acabar el Tabernáculo, diciendo: Mira, harás todas las cosas conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte”. (Hebreos 8: 5). El Santuario portátil del desierto era una copia exacta del existente en el Cielo. Esta réplica era una “escuela” adecuada para enseñarnos muchas cosas acerca del plan elaborado por Dios para la salvación de la humanidad.

“Verdades para el TIEMPO del FIN”, es propiedad de la Red de Comunicaciones Nuevo Tiempo. Institución de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

Al salir de Egipto, el pueblo de Israel acampó en una planicie vasta, próxima al Monte Sinaí, aproximadamente 1.500 años antes de Cristo. El campamento era una verdadera ciudad de carpas, donde imperaba la limpieza y el orden. El pueblo estaba dividido conforme a sus tribus. Cada uno de los cuatro lados que cercaban el área central, abrigaban tres de ellas. En el área central estaba el Santuario. Al entrar en el patio la primera cosa que se podía ver era el altar del holocausto, donde eran ofrecidos todos los sacrificios.

El Santuario estaba dividido en dos partes: El Lugar Santo, donde estaba la mesa con los panes, el candelabro de siete lámparas y el altar del incienso. El segundo compartimiento, separado del primero por un velo, era el lugar Santísimo. En él, estaba el arca del pacto con las tablas de piedra, en las cuales, Dios con su propio dedo, escribió los Diez Mandamientos.

“Pues según la ley casi todo es purificado con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón”. (Hebreos 9: 22). Esto significa que, sin derramamiento de sangre no existía perdón ni para el pueblo de Israel en el pasado, ni para nosotros hoy. El perdón es el bien más precioso del Universo, pues costó la vida del Hijo de Dios. Esto era lo que la muerte del corderito quería enseñar. El sustituto inocente, sacrificado en el altar, demostraba la fe del pecador en el inocente Cordero de Dios: Jesús. Quien un día moriría en lugar del pecador.

Cuando alguien pecaba y se arrepentía, debía providenciar un cordero y presentarse al sacerdote en el Santuario. El pecador colocando su mano sobre la cabeza del cordero, confesaba su pecado, y enseguida lo mataba. Entonces, el sacerdote, recogía la sangre y rociaba el altar. El libro de Levítico, en el Antiguo Testamento, describe los varios sacrificios que se realizaban en el Santuario. Todo señalaba a un único y gran tema central: direccionar al pecador hacia Dios, y hacerle entender el significado del pecado y el precio que nuestro Señor debía de pagar por él.

Los sacerdotes, al ingresar la sangre al Santuario, cumplían este propósito. “El sacerdote tomará con su dedo parte de la sangre, la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto y derramará el resto de la sangre al pie del altar”. (Levítico 4: 30). Fue esto lo que Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, hizo con su sangre.

Una vez al año acontecía un rito especial: “Estas cosas fueron dispuestas así: En la primera parte del Tabernáculo entraban siempre los sacerdotes para realizar los servicios del culto. Pero en la segunda, una vez al año, entraba el sumo sacerdote solo, no sin sangre, la cual ofrecía por sí mismo y por los pecados que el pueblo cometía por ignorancia”. (Hebreos 9: 6 y 7).

Sólo una vez al año, el sumo sacerdote entraba en el lugar Santísimo para realizar un servicio especial. Era la purificación de los pecados que habían sido transferidos al Santuario, durante todo el año. Esta ceremonia era conocida como “Día de la Expiación”. Era considerado como un día del juicio. Y tenía la finalidad darnos a conocer el ministerio sacerdotal de Cristo, después de su sacrificio en la cruz.

El servicio del Santuario, como todas sus ceremonias, continuó a través de los siglos. Primeramente en el desierto, después en el templo de Jerusalén. Este servicio continuó siendo válido hasta el día en que Jesús murió. A partir de entonces, no sería

“Verdades para el TIEMPO del FIN”, es propiedad de la Red de Comunicaciones Nuevo Tiempo. Institución de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

más necesario inmolar un cordero para el sacrificio. El verdadero Cordero de Dios, hacia el cual todos los sacrificios señalaban, había dado su vida por todo ser humano. Pero el mismo pueblo que por durante siglos había demostrado fe en su sacrificio, no lo reconoció. Jesucristo había dado su vida. El sistema de sacrificios había terminado. Y al ascender al Cielo, asumió una nueva etapa de su obra redentora. “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que ha traspasado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra confesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, pues él fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado”. (Hebreos 4: 14 y 15).

El sacrificio de Jesús en el Calvario fue completo y perfecto. Pero sin la obra de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, no podemos recibir ningún beneficio. Él hizo provisión para todas las personas, pero no todos serán salvos, porque no todos desean la salvación. Y como la salvación no es automática, la sangre de Jesús debe ser aplicada individualmente sobre aquellos que lo aceptan.

Por esto Jesús, al resucitar y ascender al Cielo, debía realizar una tarea más: asumir el Sumo Sacerdocio. Al morir en la cruz en nuestro lugar, pagó el precio por los pecados y conquistó el derecho de perdonarnos y otorgarnos la vida eterna. Como nuestro Sumo Sacerdote, desde el Santuario Celestial, habilita los beneficios conquistados con su muerte en la cruz, en favor de todo aquél que lo acepta como Señor y Salvador. Y cuando aceptamos su sacrificio y su muerte, nuestro nombre es escrito en un libro muy especial: El Libro de la Vida.

Dieciocho siglos después de la muerte de Jesús, surgió un movimiento que predicaba su regreso el día 22 de octubre de 1844. Esta fecha quedó marcada como un gran engaño. Millares que esperaban ver a Jesús se desilusionaron. La decepción dividió, a los que ansiosamente había aguardado el retorno de Jesús, en cuatro grupos: El primero renunció inmediatamente a su fe, el segundo llegó a la conclusión que se habían equivocado en el cálculo de la fecha. El tercer grupo, decía que Cristo había venido, pero no físicamente, que había sido un retorno espiritual. Y el cuarto se mantuvo firme en su fe, continuó orando e investigando las Escrituras, determinados a descubrir donde estaba el error. Porque realmente deseaban saber que había sucedido el 22 de octubre de 1844, día señalado por las profecías.

Como el antiguo Santuario del desierto, era una copia del Santuario Celestial, era razonable concluir que los deberes de los antiguos sacerdotes indicaban algo con respecto a la obra que Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote en el Cielo, debía cumplir. El antiguo Santuario era purificado, una vez al año, con sangre de animales, pero el Santuario del Cielo debía ser purificado por un sacrificio mayor: La sangre de Cristo.

La convicción era grande para el pequeño grupo. Lo que las profecías indicaban, no era que Jesús volvería a la Tierra el 22 de octubre de 1844. Aunque el sacrificio del Calvario, fue completo y perfecto, había una fase más que Jesús debía cumplir. La sangre de su sacrificio debía ser aplicada individualmente en aquellos que lo aceptasen. Así llegaron a la conclusión de lo que había sucedido. El 22 de octubre de 1844, fue el “Día de la Expiación” en el Cielo. Jesús había iniciado su obra como Sumo Sacerdote en el lugar Santísimo del Santuario Celestial. Es decir, se dio inicio al juicio de la humanidad.

Antes que Jesús vuelva para “recompensar a cada uno según sus obras” (Apocalipsis 22: 12), antes del día en que cada ser humano sea declarado salvo o perdido, los libros del Cielo deberán ser abiertos, los cuales declararán objetivamente las acciones de cada ser humano. El veredicto final, estará acorde a la elección de cada uno.

Algo ocurrió, aquel 22 de octubre, mientras las personas esperaban con alegre ansiedad, y luego lloraron con amarga decepción. En cuanto el día se transformaba en noche y la noche en día, aparentemente con indiferente normalidad, los libros del Cielo estaban siendo abiertos. El reloj de Dios había dado inicio al juicio investigador.

Nadie está libre de heridas ni tristezas en esta guerra despiadada contra el pecado. Pero las marcas de nuestra lucha no se comparan con el terrible sufrimiento que Jesús tuvo que soportar. Él vino a la Tierra a enfrentar el pecado cuerpo a cuerpo, a dar su vida en sacrificio para salvarnos. Si hubiese sido necesario, Él hubiese dado su vida, aún por una única persona. ¡Él hubiese muerto sólo por usted!

Desde el pecado de nuestros primeros padres, a través de toda la historia de Israel, de la iglesia cristiana y hasta nuestros días, vemos un Dios que se esfuerza en hacernos comprender su sacrificio y que está dispuesto a todo para salvarnos.

Existe un hilo de sangre que atraviesa la historia uniendo cada evento, señalando un Dios de amor, siempre dispuesto a perdonar. Ahora Jesús está cumpliendo la última etapa de su intercesión a favor de la humanidad perdida. Como Sumo Sacerdote, concede los beneficios del perdón y salvación, conquistados en la cruz. Después, dejará sus vestiduras sacerdotales, y volverá a la Tierra como Rey de reyes y Señor de señores, para buscar a aquellos que aceptaron su sacrificio.

Mi compromiso

Acepto el perdón que Jesús me ofrece, gracias a su sacrificio en la cruz.

Para meditar:

“Suspendido de la cruz, Cristo era el Evangelio... “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29). ¿No mantendrán nuestros miembros de iglesia sus ojos fijos en un Salvador crucificado y resucitado, en quien se cifran sus esperanzas de vida eterna? Este es nuestro mensaje... para los impenitentes, nuestra exhortación para los afligidos, la esperanza para cada creyente.

“Si podemos despertar en la mente de los hombres un interés que les haga fijar sus ojos en Cristo, podemos hacernos a un lado y pedirles que continúen fijando sus ojos en el Cordero de Dios. Aquél cuyos ojos estén fijos en Jesús, lo abandonará todo. Morirá al egoísmo. Creerá en toda la Palabra de Dios, que está tan gloriosa y maravillosamente exaltada en Cristo”.

(EGW. ¡Maranata: El Señor Viene!, 97)

CUESTIONARIO:

11. LA CRUZ EN EL DESIERTO

1. Falso o Verdadero

- a) Después que el ser humano pecó, para recibir el perdón divino, se debía sacrificar un corderito, que representaba a Cristo. ()
- b) Dios mandó construir un Santuario, para que los israelitas en el desierto tuviesen en que ocupar su tiempo. ()
- c) Las medidas, modelo etc., del Santuario construido en el desierto fueron dadas a Moisés por Dios, según el modelo del Santuario Celestial. ()

2. Marque con una (X) la respuesta correcta:

En el Santuario del desierto:

- a) Se hacían sacrificios de corderitos para recordar al pueblo que un día Jesús moriría en lugar del pecador. ()
- b) Los sacrificios de corderos no fueron más necesarios después de la muerte de Jesús. ()

En el Santuario del Cielo:

- c) Jesús ministra como Sumo Sacerdote, para garantizar la salvación para todos los que lo aceptan. ()
- d) Dentro de algún tiempo, en el futuro, se iniciará el juicio de la humanidad. ()
- e) Cuando Jesús termine su obra sacerdotal, volverá a la Tierra como Rey y Señor a buscar a aquellos que aceptaron su salvación. ()

3. Completar:

“Por tanto, teniendo un gran _____ que ha traspasado los cielos, Jesús el _____ de _____, retengamos nuestra Confesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede _____ de nuestras _____, pues él fue _____ en todo igual que nosotros, pero sin _____”. (Hebreos 4: 14 y 15).